

sión mal correspondida, y que deje usted a ese pobre anciano decir cuanto juzgue conveniente.

—Mi resolución está tomada.

—¿Y es?

—No desistir.

—No olvide usted lo que ya le dicho otras veces.

—¿Qué?

—Que una pasión condujo a la muerte a su hermano de usted Picaluga.

—¡Silencio!

—Nadie nos oye.

—Ninguno debe saber que llevo ese apellido.

—Lo sé.

—Porque si alguno lo oyese, me perdería usted y se perdería.

—Lo siento, porque veo que de esa manera se aleja el día de nuestra partida; pero le deseo a usted un pronto y feliz éxito, para que así se realice mi vehemente deseo de abandonar el país.

—Gracias.

Y Willey, acariciando en su mente las más lisonjeras esperanzas de próxima felicidad, y Duval, meditando en la manera de deshacerse de aquel hombre que podía perderle, llegaron a la posada en que estaban alojados.

El doctor, después de encargar al criado que le despertase temprano, se despidió de su socio y compañero de iniquidades, y se ocupó de arreglar algunas cosas para el viaje.

Duval se retiró a su cuarto pensando en la manera más segura de llevar a buen término su inicuo plan.

Por su causa había muerto aquel día un hombre.

Por él estaba próximo a marchar al patíbulo el inocente Félix.

Por él gemía en estrecha prisión Ricardo, el amante de Inés.

Por él se hallaba enferma y sin esperanza de recobrar la salud la amorosa Clotilde.

Por él se veía manchado el apellido de Cabrera, y sin las riquezas que le pertenecían a Leopoldo.

Y por él, en fin, estaba en peligro un hombre honrado, el anciano y bondadoso don Manuel, cuya muerte había proyectado.

Pero nada de esto inquietaba a aquella conciencia endurecida.

Para aquel hombre no había en el mundo más que tres

deseos: poseer a Clotilde, alcanzar riquezas y disfrutarlas sin temor.

Para conseguir esto último, tenía que deshacerse de don Manuel, que podía conocerle, y estaba pensando en los medios de reducirle al más profundo silencio.

De repente, se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que había concebido.

—Sí, sí! —exclamó—; ¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que había concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos a conocer.

CAPITULO II

Polkos y puros

Antes de ocuparnos de esta revolución, conveniente será que demos a conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas y el origen de la injusta guerra que trajeron los norte-americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Wáshington en la adquisición de Texas, provincia de las más feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno virreinal, la provincia de Texas, merced a la previsión, actividad y vigilancia de los gobernadores españoles, que ponían especial esmero en que la inmigración se compusiese de personas honradas y laboriosas, cuidando más de la calidad que de la cantidad de inmigrantes, se mantuvo leal y unida al resto del país; pero tan pronto como se hizo la independencia, el gobierno mexicano, llevado de las más nobles ideas, abrió ampliamente las puertas a la inmigración, y Texas se vió a poco poblado por los colindantes norte-americanos, atraídos por la ventaja que se les proporcionaba; pues además de darles las tierras más feraces, sin remuneración de ninguna clase, se los exceptuaba por diez años del pago de contribuciones y se les concedían otros privilegios que no disfrutaba ninguno de los mexicanos.

Con estas ventajas pronto prosperaron aquellos colonos, y al verse fuertes, y careciendo de todo lazo hacia el resto de la nación, pues ni su idioma ni sus costumbres eran los del resto del país, y no habiéndose sujetado jamás

a las leyes del país, se rebelaron, proclamándose independientes.

Este rasgo de ingratitud hizo conocer al gobierno mexicano el mal que había hecho en abrir las puertas con tal franqueza a los inmigrantes; y trató de traerlos a la obediencia, ofreciéndoles exceptuarlos por otros diez años del pago de contribuciones; pero insolentados, y traduciendo las concesiones por debilidad y miedo, continuaron rebeldes, y se dispusieron a resistir con las armas en la mano, y favorecidos indirectamente por los Estados Unidos, al ejército mexicano, que se dirigía al fin con el objeto de someterlos a la obediencia.

Santa-Anna, a quien se dió el mando de la división que debía reducir a la obediencia a los texanos, salió para San Luis el 2 de noviembre de 1835; tomó en febrero la ciudad de Béjar, que los texanos habían abandonado; derrotó en todas partes a los enemigos de la patria, que los había acogido benigneamente; hizo trescientos prisioneros en Goliath, a los cuales mandó pasar por las armas; y deseando dar un golpe atrevido y apoderarse del congreso texano, avanzó, con sólo unas cuantas compañías, hasta San Jacinto, donde sorprendido por el general texano, Austin, fué hecho prisionero, perdiendo así, por su arrojo, con un sólo golpe, toda la brillante campaña donde las armas mexicanas se habían colocado a gran altura.

Recobrada su libertad, el general Santa-Anna volvió a México, y se retiró a su hacienda de Manga de Clavo.

Pasado algún tiempo, las principales potencias de Europa reconocieron la independencia de Texas, y lo mismo hicieron los Estados Unidos, infiriendo con esto un agravio a México, que no podía resolverse a que le arrebatasen, ingratos favorecidos, una de sus más ricas provincias.

Los texanos, temiendo que nuevas divisiones mexicanas fueran a castigar su rebeldía, pidieron agregarse a los Estados Unidos; y aunque al principio el gobierno de la vecina república se opuso a ello, el primero de marzo de 1845, aumentó su poder con aquel rico territorio.

Un grito de justa indignación resonó en todas las provincias de México, y se clamó por la guerra, como el único medio de salvar el honor nacional.

Entre tanto, los Estados Unidos, a la vez que enviaban sus comisionados, fingiendo un vivo deseo de arreglar la cuestión de Texas, las tropas del general Taylor ocuparon parte del territorio mexicano, con pretexto de que los lí-

mites de Texas se extendían hasta el río Bravo del Norte, y sus buques ocupaban las costas de México.

El país no podía pasar por estas humillaciones, y se preparó a la guerra para luchar con un enemigo tan pérfido y desleal.

La nación entera, sin excepción de clases, empuñó voluntaria las armas, y luchó con honra, aunque con desgracia.

Antes de esa guerra, cuyo origen fué la hospitalidad dada por los mexicanos a ingratos extranjeros, el país tenía una superficie de 294.334 leguas cuadradas: hoy sólo cuenta con 113.858. Los ingratos a quienes se acogió con los brazos abiertos para que prosperasen, fueron causa de que arrancasen a la generosa nación que los acogió cariñosa, 135.478 leguas cuadradas. ¡Más de lo que le ha quedado al país!

Pero no es esto sólo; sino que a la ingratitud con que los mexicanos vieron correspondida su generosidad, tuvieron que agregar la inexplicable mala voluntad que las demás naciones les manifestaron en la causa santa que se habían propuesto defender en lucha desigual, pero honrosa, aunque desgraciada.

Sólo España se manifestó interesada en el triunfo de México. No hay más que leer los periódicos españoles de entonces, y no hay uno sólo que no manifieste sus simpatías por la causa de los mexicanos. En México mismo, el padre español Jarauta, con más de doscientos españoles unidos a valientes mexicanos, empuñaron las armas en defensa del país, y derrotaron varias partidas de invasores, les quitaron convoyes, y no les dejaron descansar ni un solo instante.

El entusiasmo y patriotismo que los mexicanos manifestaron al principio de aquella guerra, no reconocen superior.

No hubo un solo hombre que no volase a empuñar las armas.

Comerciantes, propietarios, estudiantes, abogados, médicos, poetas, periodistas, artesanos, labradores, ricos y pobres, todos se presentaron voluntariamente a defender la patria.

Entre estos entusiastas por la honra de México, se encontraban Leopoldo y Núñez, que se habían alistado en la guardia nacional.

Explicada la causa justa que obligó a los mexicanos a empuñar las armas para rechazar la fuerza con la fuerza y defender la autonomía del país, pasemos a ocuparnos del asunto que empezamos a tratar al principio de este capítulo.

Era la tarde del 22 de febrero de 1847.

Un día después de los acontecimientos que dejamos consignados en el capítulo anterior.

El alegre toque de diana y el repique al vuelo en varias iglesias de la capital, anunciaban algún notable acontecimiento.

Era que los batallones de guardia nacional, Victoria, Hidalgo, Mina y Bravo, se acababan de pronunciar contra la administración del vicepresidente, don Valentín Gómez Farias, que gobernaba en ausencia del general Santa-Anna, que se hallaba en San Luis, dispuesto a salir a combatir al general norteamericano Taylor.

El origen de este pronunciamiento fué la ley de manos muertas, publicada por el gobierno, y contra la cual estaba la mayoría de la nación.

Sin embargo de esta circunstancia, el gobierno decretó la ocupación de las rentas eclesiásticas, conminando a los inquilinos con crecidas multas, si no entregaban a los recaudadores civiles lo que antes pagaban a los mayordomos.

La guardia nacional, que había tomado voluntariamente las armas para combatir contra el invasor norteamericano, no creyendo conveniente aquella medida que introducía un nuevo elemento de discordia, a los muchos que agitaban el país, apeló a las armas para destruirla.

El batallón Victoria, compuesto de los jóvenes pertenecientes a las familias más distinguidas de México, ocupaba el convento de la Profesa; el de Hidalgo, en cuyas filas militaban todos los empleados, se situó en la casa de Iturbide; el de Independencia, compuesto de honrados y laboriosos artesanos, se colocó en el Hospital de Terceros; el de Mina, en el convento de San Diego; el de Zapadores, en San Hipólito; el de Bravos, en San Fernando y San Cosme.

La gente inerme corría despavorida a encerrarse en sus casas, mientras los soldados de uno y otro bando improvisaban parapetos y se disponían a combatir.

Franca lucha entre el partido conservador y su antípoda en ideas políticas: entre puros y polkos; denominados así entonces los que combatían al gobierno, por ser, en su mayor parte, jóvenes que frecuentaban la buena sociedad, y estar de moda el baile titulado, la Polka; y puros, los adictos a las ideas de desamortización.

Los repiques y las dianas continuaban atrayendo una multitud de curiosos, en tanto que las personas tímidas

cruzaban las calles en todas direcciones, procurando llegar lo más pronto posible a sus hogares.

Una mujer, hermosa como la esperanza, y envuelto su esbelto cuerpo en un humilde traje, atravesaba aprisa, pálida y temblando, el espacio de la Alameda que queda entre la puerta que mira a San Juan de Dios y la que se halla enfrente del Hospicio.

Para evitar las miradas de los curiosos, llevaba cubierto con el rebozo, cuanto le es posible, el rostro.

En su porte y sus maneras revela que aquel traje no corresponde a su educación.

A juzgar por el paso que lleva, debemos sospechar que no está acostumbrada a salir sola a la calle, y que algún motivo muy poderoso debe haberla obligado en aquel instante a verificarlo.

Pero, ¿a dónde se dirige?

Ha salido ya de la Alameda y continúa su marcha.

De repente se detiene y tiembla.

Una partida de pronunciados se agolpa a la Acordada, y desarma a la guardia del gobierno que custodiaba el edificio.

La joven que parecía dirigirse hacia aquel punto, queda irresoluta titubeando en lo que debe hacer.

Teme a la soldadesca; pero gran interés debe tener en llegar al edificio disputado, cuando, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se resolvió a llegar.

Al cruzar el espacio que media entre la puerta de la Alameda y el Hospicio, las miradas de un hombre que iba en contraria dirección, se fijaron en ella.

La joven va a pasar sin verle; pero él le cierra el paso diciendo:

—¿A dónde va usted, hermosa Adela?

—¡Willey!—dijo la joven alzando los ojos al reconocer la voz del hombre que le hablaba.

—¿Qué asunto le trae por aquí en momentos tan críticos?

—El deseo de saber si es cierto lo que me contó esta mañana una antigua conocida que fué a vernos a mi casa.

—¿Qué?

—Una desgracia que no he creído, porque usted me la hubiera comunicado, y que además está en contradicción con las cartas que usted mismo me ha entregado de él.

—Pero, ¿qué es ello?

—La noticia de que está sentenciado a muerte don Félix,

El doctor tembló, porque conoció cuán cerca había estado la joven de descubrir su superchería.

Sin embargo, repuesto al momento de su sorpresa, y dejando vagar en sus labios una sonrisa burlona, exclamó en tono chancero:

—¿Y cómo se llama esa amiga que tiene informes tan acertados?

—Doña Anita: una antigua vecina que tuve cuando vivía en la calle de Tacuba.

—¡Vaya con la doña Anita!

—¿Conque no es cierto?

—Se conoce que tuvo ganas de asustar a usted, o de descubrir por el efecto que en el ánimo de usted producía la noticia, el grado de afecto que conserva usted a ese joven.

—¿Lo cree usted así?

—¡Oh!, la malicia de ciertas personas es muy curiosa.

Soledad meditó en el carácter de su antigua vecina y juzgó verosímil la sospecha del doctor.

—Puede ser muy bien lo que usted dice—contestó después de reflexionar un instante.

—Estoy casi seguro de no equivocarme.

—Así lo creo ahora; pero como estaba impaciente por salir de la duda, y usted no parecía, me había propuesto desengañarme por mí misma.

—Llegué hoy mismo de Texcoco, y no quise presentarme en casa de usted sin ser portador de alguna apreciable carta escrita por él.

—¿Y la trae usted?

—Sin duda, lo que le prueba a usted que no está muy bien informada su querida amiga.

—¿Y le ha visto usted a él?

—No, me ha sido imposible; porque en ese momento tuvo lugar el tumulto.

—¿Ni al entregarla le ha dicho a usted nada el carcelero?

—Mucho, sin duda, tenía que comunicarme, según me dió a entender; pero no pudo hacerlo, porque vino a impedirselo la alarma que tuvo lugar en el instante mismo en que ponía en mis manos la carta.

—¡Ah!, tal vez en ella me diga alguna cosa importante.

—Así lo creo, a juzgar por las pocas palabras que el carcelero pudo dirigirme.

—La oblea es verde—dijo Soledad fijando los ojos en la nema.

—Lo que le prueba a usted que su contenido no es funesto.

—Es verdad.

—Antes, si he de dar crédito a un pensamiento que me asalta, en sus líneas viene una noticia lisonjera.

—¡Dios lo quiera!

Los gritos de «Mueran los puros», pronunciados por los que acababan de ocupar la Acordada, y el disparo de algunas armas, les fué a alarmar de repente.

—Aquí no estamos bien—dijo el doctor—. Marchemos, si a usted le parece, hacia su casa.

—Sí, marchemos.

—Tendré el gusto de acompañarle a usted hasta la puerta.

—Pero no quisiera que se molestara usted por mi causa, cuando tal vez sus ocupaciones le llaman en este instante a otra parte.

—Mi primera ocupación, es tener el gusto de servir a usted.

—Le vivo a usted muy agradecida por esa preferencia, a que no soy acreedora.

—Mi intención era dirigirme a su casa para entregarle la carta de don Félix; y ahora que ya he tenido el gusto de ponerla en sus manos, quiero que no me prive usted del deseo de acompañarla.

—El placer es para mí, y por lo mismo admito su atenta y galante oferta.

Soledad y Willey iban a echar a andar, cuando un nuevo grupo de pronunciados, pertenecientes al batallón de Independencia, que cruzaba de San Diego al Hospital de Terceros, dando vivas a la Religión y a México, les obligó a permanecer quietos, esperandó a que pasase.

—Señores, orden—les dijo el oficial que marchaba a la cabeza—; guardemos ese entusiasmo para la hora del combate.

—¡Viva nuestro capitán Cabrera!—gritaron los soldados.

Willey, al escuchar aquel nombre, palideció y fijó los ojos en el oficial.

Era Leopoldo, que, como toda la juventud mexicana, se había alistado en la guardia nacional a la noticia de la invasión Norte-americana, y que, disgustado de la administración de Farias, se había adherido al pronunciamiento para derrocarla.

El doctor, como todo hombre que ha cometido algún delito, temiendo que Leopoldo tuviese ya noticia del asesinato co-

metido en el Molino de Flores la noche anterior, y que sospechase que había sido un crimen cometido por él, volvió la cabeza para no ser reconocido, y esperó a que el grupo se alejase.

—¿Qué tiene usted, doctor? —le preguntó Soledad así que se ausentaron los nacionales—. ¿Temía usted algo de esos hombres? Lo veo a usted demudado.

—No; temía únicamente que usasen con usted de alguna grosería, y esto me tenía inquieto.

—No; eso era imposible: el joven que los manda es demasiado fino y bien educado para permitir que sus subordinados faltasen el respeto debido a una señora.

—¿Lo conoce usted?

—Mucho. Viví por mucho tiempo en la habitación inmediata a la suya. Es un excelente pintor, y un dechado de amor filial para su anciana madre.

Y mientras pronunciaba estas palabras, caminaba hacia su casa acompañada de Willey.

El doctor fué recobrando poco a poco su color y su calma.

Desde la noche anterior en que había cometido el asesinato, se había retirado muy temprano a su posada, donde se entretuvo en escribir la carta que acababa de entregar a Soledad fingiendo la letra de don Félix.

A la nueva del día siguiente, que es el mismo en que nos encontramos, circuló por todo Texcoco la funesta noticia de haber encontrado ahogado en la sima del Molino de Flores a un desgraciado.

Willey, temiendo que le llamasen para inspeccionar el cadáver del mismo que él había asesinado, se despidió de don Emilio y su familia, pretextando un negocio urgente en México, y se embarcó en un bote que salía en aquel instante.

En vez de estar dominado por el remordimiento que deja en el alma el crimen, y arrepentido del horrible asesinato, sólo pensó en perpetrar otro nuevo delito; en satisfacer su lujuria; en deshonar a la hermosa y confiada Soledad.

La casualidad dispuso que se encontrase con la joven, como hemos visto, dando lugar al diálogo que el lector ha escuchado.

Estaba oscureciendo ya cuando llegaron a la humilde casa en que vivía Soledad.

La joven, engañada y agradecida por lo que creía efecto

de sincera amistad, y que no era otra cosa que un lazo que se tendía a su honor, le suplicó que entrase.

—Tengo deseo —le dijo— de que escuche usted el contenido de la carta, ya que participa usted de mis penas y de mi alegría.

Aunque Willey no necesitaba oír leer aquella carta, porque ninguno como él, que la había escrito, sabía su contenido, sin embargo, para disimular más y más su inicua trama, aceptó la oferta, y penetró en la reducida habitación de Soledad.

La joven encendió una vela, suplicó a su falso amigo que se sentase, y abriendo la carta, leyó en alta voz estos renglones:

«Querida prima: por fin estoy libre; he conseguido huir de la prisión en que gemía: esta carta la envío por un indio leal, para que la entregue al carcelero que me ha servido en todo; éste se la dé a mi generoso amigo Willey, y por conducto de él, llegue a poder de usted.

»Estoy en el callejón H..., casa número 4. Deseo verla a usted, porque tengo que comunicarle grandes cosas de sumo interés. No falte usted, pues: espero sin falta su visita esta noche. Suplique usted al doctor que le acompañe, puesto que para él, que tanto interés ha tomado por nuestra felicidad, no debemos tener secretos.

»Si cuando llegue usted no estoy en casa, por encontrarme de visita en la casa contigua, donde está otro compañero de infortunio, que también ha logrado fugarse, tenga usted la bondad de esperarme, y de avisarme con la extranjera que recibirá a usted, y que es una mujer de toda mi confianza.

»Adiós, hermana querida: no deje usted de venir a consolar a su leal amigo que le aprecia con todas las veras del corazón,

FÉLIX.»

—¡Está libre!—dijo Soledad llena de contento, cuando acabó de leer la carta.

—¡Silencio, por Dios!, no nos oigan—dijo Willey, fingiendo temor de ser descubiertos.

—¡Ah! ¡qué feliz nueva!

—Ahora conozco que era la que deseaba comunicarme el carcelero, y que por causa del tumulto no pudo verificarlo.

—Sin duda.

—¿Y piensa usted acudir a la cita?

—¿No le parece a usted que debo hacerlo?

—Esa es mi opinión; pero por ser ya de noche, estar la calle muy retirada y tener recelo a la revolución, ¿quiere usted dejarlo para otro día...?

—De ninguna manera: le debo grandes favores para que no haga el sacrificio de vencer mi timidez.

—En ese caso..., si usted gusta que yo la acompañe, puede usted contar conmigo; estoy a sus órdenes.

—Admito la buena disposición de usted, tanto por mí, cuanto que le será muy satisfactorio a don Félix poder darle a usted las gracias por el interés que se ha tomado usted por él.

—Era un deber de humanidad, y un tributo a la inocencia perseguida.

—¡Oh! ¡qué noble corazón!

—Voy, pues, sin perder momento, a buscar un coche que nos conduzca en un instante al sitio en que se encuentra. Tenga usted la bondad de esperarme, en tanto que vengo con el carruaje.

Y ocultando la satisfacción que experimentaba al ver el buen giro que había tomado su plan, se dirigió en busca de un coche, diciendo interiormente:

—He conseguido, al fin, lo que tanto anhelaba mi corazón... La paloma se entrega voluntariamente al halcón... Adela, la mujer que en un tiempo se salvó de mi poder, la joven que idolatraba Núñez, va a ser mía... ¡Sí, mía..., porque va a marchar confiada al sitio preparado por mí, en mi compañía, sin recelo alguno... Sin que nadie pueda arrebatármela..., sin que nadie pueda acudir en su auxilio!

Y una sonrisa infernal asomó a sus labios.

Soledad, bien ajena de pensar en la trama que se había urdido contra su honra, esperaba entre tanto, impaciente, la llegada del carruaje.

CAPITULO III

La encubierta

Entre tanto que en la capital de la República mexicana se hacían sangrienta guerra «polkos» y «puros», queriendo hacer triunfar cada cual sus ideas políticas, Santa-Anna, a la cabeza de dieciocho mil hombres, marchaba de San-

Luis en busca del general norte-americano Taylor, triunfante en la batalla de Palo-Alto, el 8 de abril de 1846, primera de aquella guerra injusta en la de la Resaca, dada el día 9; dueño el 18 de la plaza de Matamoros, abandonada por no estar bien fortificada para una heroica defensa, y cinco meses después, el 26 de septiembre de Monterrey, que tras una brillante resistencia de algunos días, se vió precisada a capitular.

El movimiento se hizo el 28 de enero de 1847, saliendo en este día la artillería de grueso calibre y de montaña, con sus trenes y todo el material de guerra custodiada por el batallón de Zapadores y la compañía de San Patricio, compuesta de irlandeses, que se habían pasado de las filas enemigas, y tomado las armas contra los orgullosos invasores. El 20 se puso en marcha la primera división a las órdenes del general Pacheco; el 30 salió la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31 la tercera, llevando a su cabeza al general Ortega; y el 2 de febrero, se puso en marcha el cuartel general.

La caballería, que desde mucho antes estaba fuera de San Luis, esperando la salida de las otras armas, se hallaba dividida en cuatro brigadas: la primera, al mando del general Torrejón, se encontraba en Bocas; la segunda, a las órdenes del general Juvera, ocupaba El Venado; la tercera, subordinada al general Andrade, se situó en el Cedral; y la cuarta, al mando del general Miñón, fué a situarse a la hacienda de Potosí, después de haber sorprendido en la Encarnación un destacamento de cien norteamericanos.

La oficialidad y la tropa iban animadas del más vivo entusiasmo, deseando que el enemigo les esperase para vengar los reveses sufridos al principio de la campaña.

Entre el brillante estado mayor del general en jefe, iba un joven sin ninguna insignia militar, que no participaba del regocijo de aquel ejército entusiasta que, lejos de haber desmayado por los reveses anteriores, parecía haber sacado mayores bríos de sus mismas derrotas.

Y es que aquel ejército tenía la firme convicción de que estas derrotas no reconocían por causa, ni el superior valor de los contrarios, ni su mejor disciplina, ni ninguna de las demás dotes de obediencia, de abnegación y de sufrimiento, que hacen del mexicano un excelente soldado, que sabe morir en el puesto que sus jefes le señalan.

La mala administración militar, la desunión de los prin-